

Esta respuesta que se recibió con aplausos hizo, redoblar la energía, y saltando los soldados los parapetos, peleaban según las memorias de aquella guerra, «pecho contra pecho, arma contra arma, cargando frenéticos y confundidos con los contrarios; y sobre el terreno que han ganado sobre los cadáveres de sus enemigos y entre el humo de aquella sangre impura sube á los cielos el grito victorioso de *Viva México.*» Los gefes que acompañaron al general Mejía para conquistar este laurel fueron el coronel Ferro y el comandante D. José María Herrera, quienes mandaban una parte de las fuerzas de Aguascalientes y Querétaro.

El cerro del Obispado, que por los informes del general García Conde de ser inaccesible habia quedado sin fortificar y solo resguardado por 60 hombres, fué sorprendido por los americanos en la madrugada del día 22 y rompiendo de allí sus fuegos de artillería sobre la plaza, protejieron el ataque dado por tres columnas, que fueron resistidas de una manera digna de mejor suerte hasta las cuatro de la tarde; pero á esta hora los enemigos se apoderaron del fortin disputado y sus defensores se replegaron al interior de la plaza en desorden y llenos de espanto. Este acontecimiento difundió el temor en los ánimos, y en la noche se notaba ese fatídico pavor con que se anuncian las grandes catástrofes: algunos de los gefes principales llegaron á participar del terror general; y á consecuencia de esto, se acordó abandonar las fortificaciones mas avanzadas y concentrar el ejército á la linea interior en la cual se trabajó con laudable empeño en las obras de fortificación.

A las once del día siguiente emprendió de nuevo el enemigo su ataque con el entusiasmo que le daba su triunfo del día anterior; generalizándose el fuego por casi toda la ciudad, que tal vez habria sido tomada ese día, á no ha-

ber intervenido una circunstancia muy digna de figurar en las páginas de nuestra historia. A la hora que el combate era mas reñido y en que se empezaba á notar algun desaliento en los defensores de la plaza, subió á la azotea de la casa del Sr. Garza Flores, la Srta. Josefa Sosaya, mezclándose entre los soldados á quienes alentaba y enseñaba á despreciar el peligro. Aquel acto de heroicidad sublime comunicó á los soldados todo el entusiasmo que se necesitaba para resistir un ataque tan rudo, porque, dicen las Memorias antes citadas que, «era necesario vencer para admirar á aquella heroína, ó morir á sus ojos para hacerse dignos de su sonrisa! Era una personificación hermosa de la patria misma; era el bello ideal del heroísmo con todos sus hechizos, con toda su tierna seducción!»

A la una y media de la tarde cesó el ataque, que se reanimó á las cuatro con mayor violencia; pero irritado el brio de las tropas mexicanas y estableciéndose una generosa emulacion, cada uno peleaba desdeñando el peligro, desafiando la muerte y procurando distinguirse con su arrojo para comprar á costa de su sangre un laurel con que adornar la frente angustiada de la patria. Este esfuerzo que dió un día de gloria á México salvó aunque momentáneamente la ciudad de Monterey; y el enemigo tuvo que suspender el combate, limitándose á arrojar algunas bombas sobre la ciudad.

La desgracia que perseguia á México con una suerte funesta, hizo que los sacrificios de ese día fueran estériles para la causa nacional y que quedara burlada toda la heroicidad y sublime abnegacion de los que ese día hicieron que en sus entusiastas pechos se estrellaran las armas de un invasor injusto: pues creyendo algunos gefes que al fin seria inútil toda resistencia, inclinaron al general Ampudia á solicitar una capitulacion, en la cual se

comprometió á evacuar la plaza salvando solo al ejército con sus armas y equipajes; y el dia 26 salieron las fuerzas de la ciudad, terminando así de esta manera tan triste la heroica defensa que se habia hecho de ella.

El entusiasmo general que habia habido para defender la ciudad de Monterey, hizo que muchos de sus habitantes se resolvieran á no quedar entre los enemigos; y cuando salieron las últimas fuerzas mexicanas se vió á muchos fieles patriotas abandonar sus hogares; siguiendo con sus esposas é hijos la penosa marcha del ejército, en espera de un esfuerzo de toda la nacion para recobrar la parte de tierra que quedaba sellada con la sangre de sus hermanos y profanada por sus enemigos. ¡Vana esperanza, cuando en lo general de la nacion el mezquino espíritu de partido tenia adormecidos los sentimientos del patriotismo!

Al llegar al Saltillo hizo alto el ejército en espera de las órdenes del gobierno á quien se comunicó el desastre con que habia terminado la defensa de Monterey; y cuando se recibió la orden de abandonar aquella ciudad y marchar hasta S. Luis, se notó una indignacion tan general, que el ejército se hallaba dispuesto á no seguir la marcha, y el general Ampudia se proponia á hacer ver al gobierno la disposicion general con que se habia recibido aquella orden; pero ésta fué repetida y el ejército tuvo que marchar hasta S. Luis donde se reunió con 4,000 hombres que el general Santa Anna habia traído de México como pie de la division que pensaba formar para emprender con ella él personalmente las operaciones de la campaña.

Desde ántes de la caída del general Paredes el gobierno habia procurado la reunion de los fondos necesarios para los gastos de la guerra, y el clero á quien se habia hecho en distintas ocasiones el cargo de falta de patriotis-

mo, desmintió á sus enemigos en esta ocasion tan solemne para la patria, facilitando al gobierno un millon de pesos para el sostenimiento del honor de la patria y de los grandes intereses de la nacion. Pero esta cuantiosa suma fué estéril para el interesante objeto á que se le destinaba, porque la parte que primero se invirtió en auxiliar al ejército quedó inútil cuando todos los elementos de guerra se perdieron con la existencia misma del gobierno por los pronunciamientos de Jalisco y la Ciudadela; y la parte que habia quedado en el erario, se invirtió despues de la revolucion en los gastos que ella misma habia originado: de manera que en el mes de Octubre que se trataba de formar un ejército capaz de recobrar lo que la nacion habia perdido, el gobierno tenia en materia de recursos, no sólo los inconvenientes que ántes, sino además el de la vergüenza de haber dejado dilapidar la interesante suma con que el clero le habia ayudado á remediar sus necesidades.

Luchando con las penurias del erario y con la conducta poco patriótica de algunos Estados que veian impasibles los triunfos del enemigo comun, se trabajaba para la formacion del ejército en S. Luis Potosí: á estos esfuerzos del presidente Salas correspondió la poblacion de México formando de su seno cuatro cuerpos de guardia nacional denominados Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, compuestos de personas que pertenecian á familias muy distinguidas de la capital, de muchos empleados y de gran número de artesanos; y ocupándose estos cuerpos en dar la guarnicion de la capital, le proporcionaron al gobierno la ventaja de que pudiera disponer del resto de las tropas permanentes, para aumentar el ejército de S. Luis. Tambien se recibieron allí dos mil hombres que mandó el Estado de Jalisco mandados por los coroneles Montenegro y Perdigon Garay; y á fines de

Noviembre llegó á S. Luis el general Valencia, reforzando el ejército con 5,000 hombres con que el Estado de Guanajuato contribuía para la defensa de una causa tan justa. Si todos los Estados hubieran cooperado con la misma eficacia, esa guerra no habría tenido el vergonzoso desenlace que lamentamos; pero por desgracia, una fría indiferencia fué todo el contingente con que los gobernadores y legislaturas de la mayor parte de los Estados, ayudaron á la patria en los días de su mayor angustia!

A estas dificultades se unieron todavía otras nuevas, pues al reunirse el Congreso el día 6 de Diciembre, mas que de conjurar la tormenta que se tenía encima con la guerra extranjera, se ocupó del triunfo de una idea política; y puesta su vista en este punto se emprendió la contienda para la elección de presidente y vice-presidente de la República en cuya lucha quedó victorioso el partido que por sus exageraciones se denominaba rojo, siendo nombrado para el primer cargo el general Santa Anna y para el segundo D. Valentin Gómez Farías. Y como el general Santa Anna se hallaba al frente de las fuerzas, entró á la presidencia el Sr. Gómez Farías, cuyo fatal influjo se hizo sentir pronto en el ejército de S. Luis á quien, aunque con trabajo se le había cubierto su presupuesto hasta fin de año; pero dejó de pagársele ya en el mes de Enero. ¡Triste presagio de lo que pasaria en el año que comenzaba con tan funestos preludios!

Tantas causas para preparar un efecto desgraciado, se vinieron á aumentar con los desajustos cometidos por el general Santa Anna; pues una de sus primeras órdenes dictadas en S. Luis, fué para que el general Parrodi, que se ocupaba de poner en estado de defensa la plaza de Tampico, la desocupara; y con tanta precipitacion, que se le obligó no solo á dejar perdidos sus trabajos de fortificacion, sino muchos objetos de guerra que no podia sacar

por la violencia con que se le mandaba abandonar la plaza, que desde luego cayeron con ella en poder del enemigo que la bloqueaba. Esta orden que á todos parecia tan impolítica como antipatriótica hizo lanzar el grito de «Traicion» que con horror fué repercutido por todos los ángulos del país en los corazones que verdaderamente lamentaban los infortunios de su patria. Los adictos al general en jefe y los que veian la necesidad de mantener la confianza pública en los directores de la guerra, explicaban la desocupacion de Tampico, coonestándola con la conveniencia del plan general que se proponia desarrollar el general en jefe, quien dió otro motivo de censurar su conducta cuando privó al general Valencia del mando de la fuerza con que se hallaba en Tula de Tamaulipas, desterrándolo á Guanajuato, por haber dicho gefe pedido autorizacion é insistido en ella, para batir á la fuerza americana que se hallaba en Ciudad Victoria ó cuando ménos para molestarla con algunas guerrillas.

Despues de estas medidas que por muchos eran calificadas desfavorablemente, y cuando mas se hacia sentir en el ejército la falta de recursos, emprendió su marcha el general Santa Anna con 18,000 hombres que habia reunido en S. Luis divididos en cuatro brigadas de Caballería al mando de los generales Torrejon, Juvera, Andrade y Miñon; y tres brigadas de infantería que mandaban los generales Pacheco, Lombardini y Ortega. La marcha se emprendió de S. Luis el 28 de Enero de 1,847 saliendo al último el cuartel general el día 2 de Febrero; y despues de tan dilatado tiempo en que se hizo la salida, se vino á verificar ésta bajo muy desfavorables auspicios, así por la falta de recursos para proveer al ejército de lo mas necesario en aquella penosa marcha, como por el mal tiempo que se experimentó en esos días; y á causa de estos males el ejército sufrió horriblemente, hasta el

grado que perecieran muchos soldados por el rigor del frío, demostrándose la penalidad con que se hacia la marcha con las bajas que se tuvieron para el día 21 de Febrero, pues al reunirse ese día todas las divisiones en la hacienda de la Encarnacion, solo contaban ya un número total de 14,000 soldados, y estos tan maltratados por el frío, el hambre y toda clase de sufrimientos en una penosa marcha que habiéndose quedado la noche de ese día en el puerto del Carnero «el frío, dice un testigo ocular, atormentó de tal manera á la tropa, lo que no es decible: el ejército crugido, casi por un instinto de desesperacion prendió fuego por diversos puntos al bosque de Palmas donde se hallaba acampado. La llama trepó incendiando las copas del palmar, y un oceano de fuego se improvisó con sus olas horrorosas en medio de los aires. El espectáculo era imponente, sublime; á los reflejos de la luz de aquel incendio se veia á los soldados hambrientos, desfallecidos de frío y como un ejército de cadáveres.»

El día 22 siguió el ejército su marcha para la hacienda de Agua Nueva donde se tenia noticia que estaba el general Taylor con su fuerza; y al llegar allí se tuvo noticia que habia retrocedido quemando ántes cuanto se habia encontrado en la hacienda, por lo cual al llegar allí el ejército mexicano no encontró sino las ruinas pavorosas y las canizas de un incendio, sin que los soldados se hubieran podido proveer de algun recurso, ni siquiera de agua con que apagar su sed por no permitirseles la velocidad con que se hacia la marcha. Y sin embargo de tanto sufrimiento, los soldados mexicanos no desmintieron su valor á la hora del combate, en el cual tuvieron tanto brío, como abnegacion en su penoso camino!

En la tarde de ese día se avistó el ejército mexicano con el de los americanos que estaba posesionado del punto llamado la Angostura, que sirvió de campo de batalla;

y de la cual por ser una de las mas interesantes de esa guerra me ocuparé en detallarla con sus pormenores segun está referido en las Memorias que ántes he citado y que se formaron con el informe de testigos que presenciaron los hechos.

«El terreno que se acababa de andar, estaba formado de vastas y extensas llanuras, en que no se hubiera podido resistir el empuje vigoroso de nuestras tropas, principalmente el de nuestra hermosa caballería; pero en donde el enemigo se habia detenido para combatir, empezaban dos series sucesivas de lomas y barrancos que constituian una posicion verdaderamente formidable. Cada loma estaba defendida por una batería, pronta á dar la muerte á los que intentaran tomarla; y la disposicion del lugar, que presentaba grandes obstáculos para el ataque, manifestaba con claridad que, aun cuando las armas mexicanas obtuvieran el triunfo, no seria sin una pérdida de consideracion.»

«Luego que la caballería llegó á la Encantada, desde donde avistó al enemigo, comenzó á batirse en tiradores. Inmediatamente envió orden el general en jefe para que la infantería apresurara su marcha, caminando á paso veloz. Apesar del cansancio de la tropa se siguió adelante hasta llegar á la Angostura, con lo que se completó una jornada de doce leguas. La fatiga mató á varios soldados, que quedaron tendidos en el camino. Luego que llegó la infantería, se situó una brigada á las órdenes del general Mejía, á la izquierda entre unos sembrados y sostenida por un cuerpo de caballería. A la derecha se colocó el resto de la infantería formada en dos líneas con sus competentes reservas y baterías; y las brigadas de caballería quedaron á la retaguardia.»

«Respecto de los cuerpos ligeros dispuso el general en jefe, que Ampudia que los mandaba, fuera á apoderarse

de un cerro que habia quedado abandonado á la derecha y que importaba demasiado ocupar para el éxito de la batalla. Los cuerpos ligeros se dirigieron á esa posicion; y conociendo entónces el general Taylor la falta que habia cometido, quiso remediarla enviando una fuerza respetable con la esperanza de que llegaria primero que la mexicana: las dos divisiones se acercaron una á otra; y conociendo que no era ya fácil empresa la ocupacion del cerro, sino que este debia pertenecer al vencedor, rompieron sus fuegos trabando un reñido combate. Este continúa con encarnizamiento, cuando cerró la noche completamente y aun quedó indeciso el resultado. Las tinieblas de la noche no fueron obstáculo para que los cuerpos ligeros siguieran batiéndose con denuedo; y el resto del ejército, simple espectador de aquella lucha, seguia ansioso con la vista la direccion de los fuegos, luchando entre la duda y la esperanza. «Luego que oscureció, dice la relacion anteriormente citada, el espectáculo era magnifico: realmente se veia flotar en los cielos una nube de fuego, que ó se elevaba ó se abatía, segun los enemigos ganaban ó perdian terreno. Por último, los americanos cedieron: sus soldados se retiraron; y los mexicanos coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado.»

«El resto de la noche se pasó al vivac y en frente del enemigo: por estar lloviendo, era crudísimo el frio; pero se habia prohibido hacer lumbradas, por lo cual ninguna luz se veia en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, como si la muerte no girara onriendo sobre sus cabezas; y solo velaban algunos oficiales de vigilancia agoviados de los pensamientos que siempre dominan la víspera de una gran batalla.»

«Amaneció el 23: la aurora de aquel dia de grandioso recuerdo, fué saludada con las marciales dianas de los

cuerpos: el general Santa Anna estaba ya á esa hora á caballo dando sus disposiciones. El fuego de cañon comenzó: las tropas ocuparon sus puestos: la brigada del general Mejía pasó de la izquierda á la derecha del camino. La batalla se generalizó poco despues, y como no hubo tiempo para repartir el rancho, los soldados pelearon todo el dia sin tomar alimento.»

«El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, y que de nuevo disputaron los contrarios sin fruto á los cuerpos ligeros. Entre siete y ocho de la mañana ordenó el general en jefe que se diese una carga sobre el enemigo. Entónces avanzaron todas las tropas, moviéndose en batalla paralelamente: por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco [D. Santiago] compuesta de los batallones de zapadores mixto de Tampico y Fijo de México, llevando al regimiento de húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la division del general Lombardini, que formaba el centro de nuestra línea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atrás, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguia la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4º de línea, seguia batiendo á las fuerzas americanas que habia al pie del cerro.»

«La línea enemiga era oblicua, de suerte que, aunque nuestro ejército marchaba paralelamente como se ha dicho, la columna del camino empezó á recibir un mortífero fuego de cañon, miéntras que las otras divisiones estaban aun léjos del enemigo. Sin embargo, aquella no se desconcertó: los soldados seguian impávidos para adelante, cerrando los claros que las balas abrian en sus filas, con la arma al brazo, y esperando llegar á la bayoneta para vengar la muerte de sus compañeros, impunemente sacrificados; pero el general Santa Anna, observando los

estragos que sufría, dispuso que se detuviera, abrigándose tras de una colina que podía defenderla del fuego de los americanos. «Entretanto, las divisiones de Lombardini y Pacheco habian roto los suyos, que fueron al punto contestados. Cuando se empeñó el combate, recibió una herida honrosa el general Lombardini, que tuvo que retirarse del combate, recayendo el mando de su division en el general Pérez. La tropa del general Pacheco, casi toda bisona, vacila y no tarda en desbandarse, acosada por el fuego certero que recibia de frente, y mas aun por el de flanco, que la desordena completamente. La dispersion es general: en vano Pacheco, con un valor digno de elogio, procura contener á sus soldados, que no se detienen hasta que llegan á las últimas filas. El enemigo, por su parte quiere aprovecharse de la ventaja que ha obtenido para alcanzar el triunfo: avanza intrépidamente; pero la division del general Pérez, con serenidad y firmeza, hace un cambio de frente sobre la derecha, y lo obliga á retroceder. Aquel diestro movimiento es favorecido por una batería de á ocho que mandaba el capitán Vallarta, y que Santa Anna puso á las inmediatas órdenes del sereno general Micheltorena. El fuego de las piezas que la componen ocasiona á los contrarios pérdidas de consideracion: todos los tiros se aprovechan por la corta distancia á que combaten unos de otros, siendo de una loma á la inmediata: los americanos que han soñado un momento con la victoria, se retiran destrozados, quedando el campo cubierto con los cadáveres confundidos de los valientes que por ambas partes han caído en esta sangrienta lucha. Grande habia sido en efecto el arrojó con que unos y otros habian peleado: ya trepan nuestros soldados á la loma, cargando á la bayoneta; ya descienden á la barranca, revueltos con los enemigos: ahora suben de nuevo sin de-

jar de combatir; luego vuelven á precipitarse de arriba abajo, como una avalancha; y así pierden ó ganan terreno, y así perecen los mas distinguidos, y así, por fin, quedan dueños del terreno ganado á costa de esfuerzos heroicos. «El triunfo hubiera sido completo desde aquel instante, si la caballería hubiese estado á la mano, para arrojarse sobre los restos desorganizados de las fuerzas vencidas: por desgracia, estaba algo distante, y cuando llegó, ya las encontró rehaciéndose. Sin embargo, carga con denuedo, dirigida por el valiente general Juárez: todos cumplen con su deber; el general D. Angel Guzman, coronel del regimiento de Morelia, se distingue de una manera especial, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena-Vista. Parte de la caballería siguió tan lejos en su persecucion, que para volver á nuestro campo, tuvo que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, viniendo á salir por la izquierda de la posicion. «En la primera carga, que acabamos de referir, habian vencido las armas mexicanas: pero las ventajas que el terreno presentaba á los enemigos, exigian esfuerzos continuados, y no una victoria, sino muchas. Replegadas sus tropas de una loma, se reorganizaban en la siguiente: era necesario ir las tomando una por una, á costa de la sangre de la parte mas escogida del ejército. «Para dar la segunda carga, antes que se disipe el entusiasmo del triunfo, se forma una nueva línea de batalla, á la que entran todas las tropas de reserva, incorporándose con las que ya se habian batido. La columna que hemos dejado en el camino, defendida por una colina, viene ahora á formar la reserva de esa nueva línea. Nuestra tropa avanza ordenadamente: la batería del general Micheltorena, única que jugaba por nuestra parte, destroza á los contrarios: se llega á la bayoneta, batiéndose los soldados cuerpo á cuerpo: por segunda vez nuestros va-

hientes vencen: los americanos se replegan á la loma inmediata, dejándonos por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.»

«En estos momentos se presentan al general en jefe unos parlamentarios, intimando rendicion. Santa Anna les contesta con dignidad, negándose á acceder á tan original pretension: Hubiéramos pasado este hecho en silencio, como insignificante, sino fuera porque el envio de los referidos parlamentarios, provino de la inteligencia en que estaba el general Taylor de que Santa Anna le habia enviado otro previamente, y así lo asegura en su parte oficial. En aclaracion de los hechos, vamos á explicar en lo que consistió esta equivocacion.»

«Al dar nuestras tropas la segunda carga, el teniente de plana mayor D. José María Montoya, que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los americanos. Viéndose solo, y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se valió de la estratagemma de fingirse parlamentario, por lo que fué llevado á la presencia del general Taylor. Este lo hizo volver á nuestro campo, en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con el general Santa Anna; pero Montoya, que tenia sus razones para no presentársele, se separó de los comisionados, los que cumplieron con su encargo.»

«Después del segundo combate, que seria entre las diez y las once del día, cayó una ligera llovizna: los soldados toman algun respiro, y á las once vuelven á marchar de nuevo sobre las posiciones del enemigo. Habian vuelto ya á entrar entónces en batalla los zapadores y demás cuerpos, que estuvieron de reserva. El general Taylor, creyendo débil nuestra izquierda, hace avanzar algunas fuerzas en aquella direccion, las que hallan una resistencia invencible. La brigada de Torrejon carga sobre ellos, y pierde á sus mejores oficiales y soldados. La

accion se generaliza, nuestra línea avanza: los cuerpos ligeros, que en el curso de la batalla habian hecho retroceder á las tropas que encontraron al paso, estaban ya en el extremo de la loma misma en que se batian los enemigos. De nuevo se empeña la refriega; por ambos lados se multiplican los muertos y heridos: unos atacan bizarramente: otros se defienden con gallardía; ninguno cede: el combate se prolonga por horas enteras; y solo al cabo de inauditos esfuerzos, es cuando se logra arrollar al enemigo hasta su última posicion. Otras dos piezas suyas y una fragua de campaña, cayeron en nuestro poder.»

«En aquellos instantes se suelta un fuerte aguacero: las tropas, muertas de cansancio, se detienen: el general Taylor, que ha tenido que retroceder de loma en loma, perdiéndolas todas después de una obstinada resistencia, se prepara á hacer el último esfuerzo ántes de ceder enteramente la palma de la victoria, pero la batalla ha cesado: la carga que se acababa de dar, fué el postrer empuje de nuestras fuerzas. El enemigo no se cree derrotado, porque si bien ha perdido todas sus posiciones, ménos una, le basta conservar esta en actitud hostil para pretender la gloria del vencimiento. Por nuestra parte, se proclama el ejército vencedor: alega por títulos los trofeos adquiridos, las posiciones tomadas, las divisiones enemigas vencidas. La verdad es que nuestras armas derrotaron á los americanos en todos los encuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable; hubo tres triunfos parciales; pero no una victoria completa.»

«Durante la accion, la brigada del general Miñon estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buenavista, ya al Saltillo. Su inaccion ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa Anna y Miñon, en la que no entraremos nosotros, por que nues-

tro objeto principal es referir los hechos tales como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.»

«La nación tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos mas valerosos: cuarenta gefes salieron heridos; entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Berri y D. Félix Asoño; comandante de batallón D. Julian de los Rios; y comandantes de escuadron, D. Ignacio Peña, D. Juan Lullando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.»

«En la relacion antecedente no se ha hecho mas que explicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, diremos en general: que á mas de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimacion de sus conciudadanos.» Se vió á varios gefes de cuerpo tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto del mayor peligro. La oficialidad se condujo con dignidad y decencia. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aun de los mismos enemigos, que solo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrian decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.»

«El general Santa Anna no ha participado de esta inculpacion. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrojó el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su denuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!»

«La batalla de la Angostura habia concluido. Las co-

lumnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la orden de poner fin al combate y retirarse á la oracion de la noche para Agua Nueva, donde encontrarían las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaron enteramente en el sitio donde habian peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su extension, para engañar al enemigo, el general Torrejon con la tercera brigada, compuesta de un escuadron del Lígero de caballería, los regimientos 3º, 7º y 8º y el activo de Guanajuato.»

«Nuestros soldados habian desplegado un valor digno de mejor suerte: se habian arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte, exclamaban «Viva la República», y espiraban. Así peleando por causas menos justas, se encarece que los valientes del ejército grande que el capitan del siglo mandaba, fallecieron en el combate, sin proferir en su agonía mas gritos que los de «Viva la Francia! ¡Viva el Emperador!»

«A aquellos cuyas heridas eran de ménos gravedad, los llevaban á media legua del lugar de la accion, y allí, al aire libre, unos pocos facultativos, con remedios contados é insuficientes, los curaban eficazmente. Tal era el *hospital de sangre* en que fueron asistidos, desde los gefes de mas distincion y categoría, hasta los mas infelices soldados. Esos desgraciados no sabian aún la suerte que les estaba reservada: ellos no podian conocer que la muerte hubiera sido para muchos un mal menos funesto, un destino envidiable.»

«Al tomar el ejército el camino para Agua-nueva, una escena de horror vino á conmovier el corazon de los que



habian visto con serenidad el peligro en los momentos mas críticos del combate. Los heridos ascendian á ochocientos; y el corto número de medios de transporte de que se podia disponer, no permitia que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frio, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veian desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro livido, la horrible calma de la desesperacion. A su vista se presentaban ya los coyotes y perros, que esperaban el momento en que podrian empezar su espantoso banquete. Los que mas afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenian á lo menos un porvenir menos cruel: contaban con la piedad de los enemigos; y en obsequio de la justicia, debe decirse, que estos cumplieron con lo que mandan las leyes de la guerra, y exigen los deberes de la humanidad.»

«Por su parte los que se retiraban, no podian ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenian que abandonar. Muchos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre; y sin poder siquiera pagarles el último tributo del cariño, los dejaban para que los coyotes hicieran pasto de sus restos. Y para colmo de infortunio, no era esa la postrer pena que tenian que sufrir en aquella noche del veintitres, que ocupara una página de luto en nuestros fastos militares.»

«La retirada habia empezado á la oracion; pero el ejército, que no formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro leguas de Agua-Nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de

las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda, que los americanos habian incendiado al retirarse, ardia aún cuando volvieron nuestras tropas. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua en vez de procurarles algun alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre mezclada con el fango del estanque, hacia mas insoportable esa bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con qué saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebaje inmundado, asqueroso y mortífero.»

«Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron una nueva afliccion á los espíritus contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecia á la vista, infundia el mas penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos; se atropellaba á los que no habian aún exhalado su último aliento: por un lado se encontraban mujeres sollozando sobre los cuerpos ya inertes de sus deudos; por otro se presentaban asistiendo á los que padecian de sus heridas: éstas lavaban ropa sucia en la agua llena de lodo y de sangre: aquellas acallaban á sus hijuelos que lloraban sin saber por qué. Los carros y los trenes embarazaban el camino: las bestias de carga tropezaban á cada paso: los caballos y mulas de silla y tiro, cansadas y sin haber comido, apenas podian moverse: todo era confusion, todo angustias y sufrimientos. A lo menos en el campo de batalla, la noche, con sus sombras protectoras, encubria la mitad de los estragos; pero en Agua-nueva el cuadro de los horrores de la